

tral artículo en las columnas del *Diario de Barcelona*, «El párrafo, la palabra. Azorín» (22-X-1911)²⁰.

De nuevo las incidencias del viaje fueron positivas. Cuando torna el vapor regular hacia Alicante el día primero de diciembre su decisión de instalarse tan pronto como pueda en Barcelona está tornada. El primer artículo que remite a *La Vanguardia* (periódico en el que colaborará en los primeros años de su residencia barcelonesa, publicando la serie de «estampas viejas» *Figuras de la Pasión del Señor*), incluido con posterioridad en la primera edición del *Libro de Sigüenza* y cuyo título es «En el mar», evoca su partida de Barcelona:

«Las luces de la ciudad se hunden estremecidamente en las aguas negras del puerto.

Va engulléndose el barco a una muchedumbre cargada de hijos, de hoces y azadas, de fardelicos y costales de ropas pobres que huelen a hogar muy humilde; y hay un vocerío de feria aldeana»²¹.

II

Regreso a Alicante que pocas semanas después (febrero de 1914) dará paso a la partida desde el «huerto provinciano» a la «ciudad grande», a la que dedicará a poco de establecerse en ella el artículo aparecido en *La Vanguardia* el 27 de febrero de 1914 y titulado bajo el marbete genérico de «Jornadas de Sigüenza», «En la ciudad grande». Se trata de una magnífica estampa lírica que apela a Joan Maragall desde el propio título y que guarda evidentes intertextualidades con dos conocidos artículos del poeta catalán, «La ciudad» (X-1901) y «La montaña» (XI-1901)²², que se convierten en el viático mironiano al comenzar su vida barcelonesa:

«Y he aquí que vienen como blancas palomas que descansan en la memoria de Sigüenza las tres bienaventuranzas del amado maestro perdido para siempre:

¡Oh, feliz la ciudad que tiene una montaña al lado, pues podrá contemplarse a sí misma desde la altura!

¡Oh, feliz la ciudad que tiene una montaña al lado. Todos sus hombres irán subiendo a ella y volverán transfigurados!

²⁰ Complemento de este artículo es la olvidada nota de Miró, «Noticias de un libro de Azorín (Castilla)», aparecido en el semanario catalanista barcelonés *Cataluña* el 26 de noviembre de 1912. Falta en la recopilación de la profesora Altisent.

²¹ Gabriel Miró, *Libro de Sigüenza*, Barcelona, Doménech, 1917, p. 245.

²² Cf. Joan Maragall, *Obres Completes*. Obra castellana, pp. 277-281.

¡Oh, feliz la ciudad que tiene una montaña al lado, porque ella se siente como un tránsito a la luz!

Si la ciudad que ha dejado Sigüenza está de cemento traspasada del azul del mar, la ciudad que ha elegido para su vida, tiene la grandeza del esfuerzo del hondo, y cercanas las cumbres que cantó y anheló toda el alma de Maragall»²³.

Los años barceloneses fueron años de suerte desigual. Tres residencias. Primero, en la calle Diputación, número 339, 3º, 2ª puerta, «piso sin carácter, sin interés», según el testimonio de uno de sus grandes amigos barceloneses, Pi i Sunyer, al prologar el volumen IV de la Edición Conmemorativa de las *Obras Completas* de Miró, que tras su muerte llevó a buen puerto la tipografía barcelonesa Altés. En la primavera de 1915 mudó su domicilio al Paseo de la Bonanova, 7, 2º, «alto y espacioso; el comedor domina con su amplia terraza donde hay geranios, claveles, un jazminero y una parra, toda Barcelona y el mar», al decir de Pi i Sunyer. Y, finalmente, a partir de octubre del 18 vivió en «una torre de Sarriá con jardín y azotea», sita en la calle Vico.

Fueron años agridulces en los empleos y en lo económico. Los primeros meses Prat de la Riba le facilitó un destino de contable en la Casa de Caridad. En el verano del 14 dejó de colaborar en *La Vanguardia* y abandonó el destino facilitado por Prat de la Riba, para durante cerca de un año trabajar en la frustrada empresa editorial de la *Enciclopedia Sagrada Católica*. En la primavera del 15 reanudó sus colaboraciones en *La Vanguardia* (es el tiempo de las *Figuras de la Pasión del Señor*) y activó su trabajo creador. En 1917 consiguió un nuevo destino –ahora con intervención de las personalidades del Partido Republicano Radical– en el Ayuntamiento de Barcelona. Así alcanzó casi hasta su marcha a Madrid en el verano de 1920. A la par ofreció en *La Publicidad* un amplio abanico de artículos, entre los que figuran (febrero de 1918 a enero de 1919) los capítulos de *El humo dormido*, que Ricardo Baeza publicó en Madrid en 1919, tras confesarle epistolariamente a Juan Ramón (21-X-1919): «Rompí con mis editores de Barcelona, que son los más canallas de este mundo semita»²⁴.

Fueron años, especialmente los últimos, de progresivo distanciamiento de las grandes personalidades del catalanismo y del *noucentisme*, para aproximarse –en un contexto ciudadano que empieza a ser dominado por el pistolerismo y la violencia civil– a sectores lerrouxistas, si bien mantuvo a lo largo de toda su residencia un círculo pequeño e intenso de amistades: el

²³ Marta E. Altisent, Los artículos de Gabriel Miró en la prensa barcelonesa (1911-1920), p. 175.

²⁴ La carta la publicó El País en el «Homenaje a Gabriel Miró» del 28 de diciembre de 1980.

compositor Enrique Granados (hasta su muerte el 24 de marzo de 1916), el catedrático de fisiología Pi i Sunyer y el biólogo Ramón Turró.

Las impresiones ciudadanas de los años barceloneses desembocaron en dos artículos, publicados en el verano de 1919 en el gran diario madrileño *El Sol*, bajo el marbete común de «Crónicas catalanas. Un levantino en Cataluña». Se trata de dos estampas lírico-narrativas, típicas del arte de Miró, y que constituyen el colofón literario de su residencia barcelonesa.

La primera crónica tiene como punto de vista geográfico la residencia barcelonesa de Miró en San Gervasio, y como focalización espiritual el talante conservador y moderado del escritor, quien dibuja el perfil de la ciudad y sus alrededores envueltos en el humo de las fábricas, cuya constancia es símbolo de la seguridad y de la paz ciudadana:

«El faro de Llobregat, como una ermita de yeso; y en el frescor de la vega, entre chopos, hortales y masías, suben las chimeneas de las fábricas, que nos quitan la pureza del azul a los que no tenemos fábricas. Pero ese humo que se acuesta tercamente encima de Barcelona y de su paisaje es la promesa de nuestra quietud, de paz ciudadana, de la paz semanal. Porque en el tiempo, la confianza y el pan tienen aquí su medida en la semana. Si alguien nos sobresalta con un presagio de huelgas y tumultos, esperamos el lunes. Subimos al terrado; y si los campos, el mar y la ciudad se pierden bajo la niebla fabril, sonreímos confiadamente» (*Glosas*, 66-67).

Escritas estas crónicas en el verano de 1919 con la huelga de la empresa eléctrica «La Canadiense» y la subsiguiente huelga general a las espaldas, Miró bosqueja una ciudad convulsa, una «hermosa ciudad dolorida en sus entrañas», que, sin embargo, ofrece en sus calles un espectáculo de dicha y de abundancia. La constante dualidad de la ciudad, entre el gozoso espectáculo exterior y las posibles heridas interiores, es lo que —quizás, al modo subjetivo— subraya la pluma mironiana:

«Es cierto que en las Ramblas, en el paseo de Gracia, en las calles de las Cortes, de Fernando, de Pelayo..., las gentes bullen, se amontonan y gastan dinero. Los almireces de la Horchatería Valenciana muelen cada día ocho, diez, quince toneladas de chufa de la Ribera para el suco delicioso de las redomas de horchatas. Los mejores edificios los compran o alquilan los nuevos Bancos, que pagan un caudal —cien mil duros, sesenta mil duros— por el traspaso. En los bares, la multitud engulle y bebe a codazos. La voz y la mirada de esta multitud tiene un júbilo de holgura. Pero eso es en la calle, en la calle de las Cortes, en las Ramblas, en el paseo de Gracia... y al español, sea o no catalán, y quizá a todos los hombres, hay que verlos en casa para saber cabalmente su bienestar» (*Glosas*, 67).

En la segunda crónica, tras imaginar Barcelona atravesada por un río, intuye cómo la ciudad, «tendida entre la montaña y el mar», irá «devorando su topografía deliciosa»:

«Barcelona agotará sus montes, subiéndose encima de ellos, parcelándolos y adoquinándolos. Y la bendición de Maragall: ‘Dichosa la ciudad que tiene una montaña al lado’, llegará un día que no podrá caer sobre la frente de la nuestra» (*Glosas*, 70-71).

Con estos artículos Miró cerraba su ciclo barcelonés. En una carta a don Antonio Maura, fechada el 31 de diciembre de 1919, dice textualmente: «Barcelona me desalienta para mi trabajo»²⁵. Durante la década siguiente el recuerdo de los años barceloneses apenas aparece en su obra. Únicamente guardan vínculos con Cataluña la evocación que escribió para *La Gaceta Literaria* (15-III-1930) sobre la visita en que acompañó a Unamuno al monasterio de Poblet, a finales del verano de 1916, y el recuerdo que –vía Sigüenza– nos ofrece de la biblioteca del Institut d’Estudis Catalans, de la del convento de los Capuchinos de Nuestra Señora de Pompeya y de la de Mossén Clascar, en las que Sigüenza persigue metafóricamente el Paraíso, entrevisto en las *Aigües de Moguda* del pintor Joaquim Mir: se trata de un capitulillo de *Años y leguas*.

Dos grandes prosistas catalanes del siglo XX alimentaron su recuerdo de Miró en estos últimos años barceloneses. Josep Maria de Sagarra evoca al escritor alicantino en sus espléndidas *Memories* (1954). Corre la primavera del año 16 –Sagarra tenía 22 años y había publicado dos libros de poemas– cuando conoce personalmente a Miró, quien trabajaba en la editorial Domènech, y junto con Carner «moltíssims dies ens reuníem al Passeig de Gràcia abans de dinar». Sagarra recuerda su aspecto físico –«Miró era un home dilatat, la seva roba tendia a donar-se, com els seus ossos, i tot cli. Moltes vegades afectava un punt de somnàbul»– y evoca el tono de su personalidad –«Es presentava amb la resignació del qui han deixat a pa i agua, però amb l’urc del profeta, que creu que la misèria vesteix»–, a la par que refleja su afición por los temas relacionados con la liturgia. El retrato que Sagarra hace de Miró es afectuoso («vaig admirarlo molt»), especialmente en lo que atañe a su quehacer como estilista («Miró fou una figura literaria molt superior a la majoria deis energumens d’aleshores»), pero su caracterización tiene un punto de hiel y de ironía, de lástima contenida, que el efectismo deliberadamente brillante de su prosa acentúa. Dice Sagarra

²⁵ Cito por Vicente Ramos, *Vida de Gabriel Miró*, p. 491.

que Miró se hubiese sentido a gusto «testant algun licoret dolç a la taula d'una pavordessa empobrida, però am ínfuies ducals»²⁶.

El retrato de Gabriel Miró que nos ha legado el insuperable arte de Josep Pla data de 1921, cuando colaboraba en *La Publicidad*, tratando de abrirse camino en el mundo intelectual barcelonés. El retrato es ejemplar del arte de Pla: de un lado, la fidelidad invariable a la reflexión de Voltaire, según la cual las palabras familiares son los resortes del estilo; y de otro, la sagaz simbiosis de caracterización que consigue entre la psicología, la personalidad del escritor y de su obra, aceptando —como ya recordó en 1959 el maestro Vilanova— que «no se trata de una rigurosa interpretación crítica del valor literario o estético que esta obra posee, ni de un análisis pormenorizado de su significación y contenido, sino de un juicio de conjunto basado en una serie de apreciaciones parciales, que pueden parecer a veces paradójicas y arbitrarias, pero que en la mayor parte de los casos calan hasta lo más hondo en la obra que enjuician»²⁷.

Seré sumario. La atmósfera del retrato de Miró es el restaurante Martín y el homenaje que un grupo de socios del Ateneo barcelonés brinda en el invierno de 1920 a Ramiro de Maeztu. Son las últimas semanas de Miró en Barcelona y el alicantino asiste junto con D'Ors, Romá Jori, Sagarra, Pla y otras personalidades de la vida cultural barcelonesa. Pla, que ya había tenido la oportunidad de observar a Miró en otras ocasiones (en la redacción de *La Publicidad*), combina la observación exterior de Miró con el adentramiento en su manera de ser. De los rasgos físicos que detalla se desprende la languidez con la que se perfila el escritor, una languidez un tanto monótona, dolorosa y narcisista:

«Sembla, externament, un malat; però, encara que no estigui malat, és claríssim que aspira que la seva lánquida i pállida displicència es produexi sense sobresalts, que es mantingui calmosa, aturada»²⁸.

La estudiada displicencia, el narcisismo lánquido del aspecto exterior de Miró, que metonímicamente se prolonga en su psicología, tiene —a juicio de Pla— rasgos singulares. El primero apunta a la desilusión, a la inapetencia vital. El segundo, que emana de sus ojos —«erem uns ulls soinniosos, d'una gran vaguetat»— se proyecta en su literatura, donde «les coses hi

²⁶ Josep Maria de Sagarra, «Les fértils aventures», *Memories, Barcelona, Edicions 62 i «La Caixa»*, 1981, t. II, pp. 261-262.

²⁷ Antonio Vilanova, «Los retratos de José Pla», *Destino (1-VIII-1959)*.

²⁸ Josep Pla, «Gabriel Miró, un retrat», *Retrats de passaport, Obra Completa, t. 17. Barcelona, Destino, 1982, p. 169.*

tenem una realitat que sembla mágica, perquè ve embolicada amb una vaguetat en certa manera musical».

Esta literatura cargada de languidez, inseparable –según Pla– de la languidez del propio escritor, despertó poca curiosidad en el joven periodista que, lector de las *Figuras de la Pasión del Señor*, fue capaz de atinar parcialmente en la caracterización del sabor y del gusto que deja la literatura de Gabriel Miró: «un gust a la boca d'ensucrament apegalós, entre soporífer, entebeít i endormiscat»²⁹. Juicio que, desde su indiscutible agudeza, resulta insuficiente para calibrar los indisputables méritos literarios y estéticos que la obra de Miró empezaba a atesorar en estos años barceloneses.

²⁹ *Ibíd.*, p. 171.